

## **La continuidad de la memoria colectiva en *Heart of Aztlan* y *La casa de los espíritus***

**By José Eduardo Villalobos Graillet**

La idea de pertenecer a una comunidad toma mayor importancia en las sociedades que han sido testigos de los cambios que trajo consigo la modernidad, pues todo lo que parecía estable y seguro, desde una perspectiva tradicional, se vio fracturado por la inclusión de nuevas experiencias sociales, culturales y políticas en la vida diaria. De esta manera, el concepto de comunidad, en vez de desaparecer, se ha transformado en un elemento intangible, es decir, en un sentimiento de pertenencia a algún lugar como réplica a esos cambios y a las consecuencias que implican, tal como “[...] the crisis in solidarity [and] the insecure conditions of modern society” (Delanty x). En este ensayo se hará un análisis comparativo de la comunidad del Barrio Barelas de *Heart of Aztlan* (1976) del escritor chicano Rudolfo Anaya y la comunidad rural de las Tres Marías de la novela *La casa de los espíritus* (1982) de la autora chilena Isabel Allende para justificar la tesis de que a partir de la continuidad de la memoria colectiva, mitos como el de Aztlán y fábulas como la de las gallinas y el zorro -contadas en estas obras- son utilizados para reivindicar la identidad de dichas comunidades como una forma de liberación, de afrontar las adversidades y los conflictos sociales que sufren de manera similar: opresión y marginación por parte de autoridades tiranas. Esta emancipación se logra a través de la puesta en práctica del legado histórico-cultural, localizado en el colectivo imaginario, gracias a los protagonistas Clemente y Pedro Tercero, quienes reclaman los principios de democracia y los valores de solidaridad, confianza, equidad y respeto entre los miembros de sus comunidades.

Para defender la tesis de este ensayo se argumentará, en primera instancia, siguiendo la teoría de comunidad de Day y Delanty para entender la dinámica de ambas comunidades frente a las autoridades dominantes de la modernidad. En segundo lugar, se tomarán en cuenta las líneas teóricas de la memoria colectiva de Halbwachs, Nora, y Crane, con el propósito de comprender la importancia de la continuidad de estas tradiciones (mitos y fábulas) en el presente.

### **La comunidad: contextualizando el origen de los problemas**

La novela *Heart of Aztlan* es considerada bajo la categoría de literatura proletaria de los Estados Unidos por el realismo social que su autor plasma cuando contextualiza los hechos que ocurrieron en la época que fue escrita y que corresponden al Movimiento Chicano en la década de 1960, (Khader 83). Este movimiento social surgió para enfrentar los constantes problemas por los que pasaba esta comunidad minoritaria y que se resumen en: desempleo, huelgas, lucha de clases, explotación socioeconómica, racismo y opresión (83-4), problemáticas que son, en parte, provocadas por las estructuras de poder del capitalismo y el discurso homogeneizador de la identidad nacional de este país. Anaya transporta estos inconvenientes al Barrio Barelas de Albuquerque, una comunidad de clase

obrero que comparte actitudes, ambiciones y una visión del mundo (fronterizo) muy similares (Day 57).

Cuando Clemente Chávez y su familia dejan atrás la población rural de Guadalupe, en búsqueda de una vida próspera en la gran ciudad, se incorporan a esta comunidad en la que rápidamente empatizan con sus miembros a través de Jason, hijo de este protagonista, y por tener en común otros rasgos sociales e identitarios como sus raíces hispánicas, la educación, las mismas oportunidades laborales y las expectativas de vida. No obstante, la familia Chávez se ve envuelta en el proceso de adaptación al contexto urbano, en el que parece que Adelita, la esposa, y sus hijos, Benjamín, Juanita y Ana, acogen las costumbres de este nuevo entorno que son recibidas con indiferencia por el padre al ser productos de la modernidad. Asimismo, en el momento en que el protagonista ocupa el puesto que deja Sánchez, tras su muerte accidental en el almacén de ferrocarril contiguo al barrio (29), Clemente empieza a percibir que los límites sofocantes de su trabajo se expanden a su comunidad, afectándola considerablemente. Estas limitaciones se traducen en las paupérrimas condiciones en las que los hombres de Barelas se enfrentan en el taller (riesgos en el trabajo, condiciones inhumanas, puestos con bajos salarios, etc.), pero sobre todo la falta de amparo por parte de un sindicato que está más centrado en ver por sus intereses propios que por los de sus trabajadores, quienes son injustamente despreciados como animales (24) y despedidos cuando reclaman sus derechos, tales como el contar con un sindicato organizado por ellos mismos y elegir a un representante sindical que se ocupe de sus peticiones (77). En consecuencia, la mitad de los obreros regresa a casa desesperada por no llevar pan a sus familias y llega a sobrevivir, si tiene suerte, de la asistencia social, aunque la mayoría se ve forzada a retornar a los pueblos de donde son originarios (ibídem). Este último hecho se debe a que el poder de los jefes de ese y de otros almacenes va mucho más allá de la comunidad, ocasionando el cierre de oportunidades para los obreros, no solo en ese barrio, sino en toda la ciudad (Khader 93). Como resultado de esta estructura de poder se da la pobreza, el desempleo y la inestabilidad social para este grupo.

En este caso, Anaya permite que su lector se adentre en el contexto del barrio para juzgar a los dos tipos de agentes sociales que intervienen en la obra y quienes, evidentemente, conceptualizan de una manera diferente los términos de comunidad y justicia. Siguiendo los argumentos de Dennis *et al.*, para Kirk, el líder del sindicato de este almacén, “community is a mechanism for the reproduction of existing patterns of life and work, not for the creation of things that are new” (en Day 81). De tal manera, este jefe subestima la capacidad de la comunidad para trascender el mal que le aqueja, pensando que de la cotidianidad es utópico que surja alguien que pueda romper la cadena del capitalismo patriarcal que coloca a Barelas como un sistema social encapsulado por las imposiciones de lo que es posible, deseable y legítimo, según Lookwood (en Day 72). En caso contrario, siempre se puede recurrir a la política radical que está a favor de las clases que gobiernan y controlan las condiciones de vida o en todo caso, a la violencia suprimiendo al proletariado, tal como lo hace Kirk cuando demuestra su poder ante los obreros como una alegoría de la burocratización, que es producto de ese capitalismo.

En contraste, Clemente, la otra cara de la moneda, se resiste a las fuerzas modernizadoras (económicas y sociales) porque destruyen las formas coherentes de vida (Day 92), moldeando pasivamente los modos de ser de la comunidad del Barrio Barelas y trayendo individualismo, materialismo y ambición. Suttles describe mejor el panorama en

la vida urbana: “[...] boundaries are variable [,] relationships are episodic [,] royalties are qualified and provisional, [and] there is no single bounded unit” (en Day 114). Esto se puede justificar en *Heart of Aztlan*, en primer lugar, cuando estas fuerzas erosionan paulatinamente la unión y la comunicación en la familia Chávez; en segundo lugar, cuando provocan, en una escala mayor, que los miembros de la comunidad estén enfocados en asuntos triviales de la vida diaria, como las nuevas generaciones que están “interested in that loud be-bop music and smoking that devil’s weed [...] it is a generation of the city, a lost generation” (103). Inclusivamente, el protagonista tiene la sensación de dispersión porque cada miembro está en su “movida” (147) o en su propio mundo, es decir, pensando en su bienestar individual y no en el comunal. Por mencionar algunos ejemplos, tenemos el caso de Lalo, habitante Barelas que está preocupado únicamente por la prosperidad de su familia y quien desea resolver los conflictos comunales por medio de la violencia (149); por otro lado, el padre Cayo intenta oprimir las convicciones revolucionarias de la comunidad, velando egoístamente por la seguridad de la Iglesia y el balance con sus coetáneos, las otras instituciones gigantes (143); por último, el interés de Mannie García, “El Super” -que con sus contactos en la alcaldía y sus “mordidas for favors”-, recae en aumentar su poder económico, mientras que la comunidad vive en la pobreza (35). De esta forma, Clemente experimenta a lo largo de la novela la ausencia del verdadero espíritu de la comunidad del barrio con el que se puede hacer uso efectivo del poder de sus miembros y de la justicia para poner fin a las adversidades por las que están pasando.

Por otro lado, *La casa de los espíritus* es una novela histórica-social, literatura del catalogada como *best seller*, en la que, a pesar de entrar en este último género, los hechos que se narran son una representación fiel de los aspectos sociales, políticos e históricos de Chile en la etapa previa y en los inicios de la dictadura militar. Estos comprenden desde la “lucha de las mujeres por obtener derechos políticos [hasta la caída del poder del gobierno popular] a raíz de[ ] golpe de Estado [en 1973]” (Godoy 2). A diferencia de la novela anterior que corresponde al modo de producción capitalista, la comunidad en la obra de Allende, las Tres Marías, se ubica en el contexto rural como una hacienda, “la estructura básica de la sociedad chilena hasta el siglo XX,” según Cousiño (en Godoy 4), pero no dista de la obra de Anaya porque en esta se muestra paralelamente un modelo de marginación hacia las clases bajas. Por ende, esta idea nos remonta al sistema feudal en el que destaca el papel del custodio-patrón, o en otras palabras, el papel de “padre-proveedor” (Swanson 222) que ejerce Esteban Trueba, de quien se cree que “representaba mejor que nadie los valores de la familia, la tradición, la propiedad y el orden” (185). Este rol lo asume cuando recupera la tierra de su familia, tras quince años de estar en abandono, y que había estado bajo la disposición de Pedro García, el habitante más antiguo e irónicamente para Trueba, el portador de la sabiduría, de las tradiciones y los valores que mantenían unido al pueblo.

Cuando este personaje llega a las Tres Marías, se encuentra con miseria y gente sin esperanzas (35), sin embargo, este pasa por alto su verdadero carácter, el de una comunidad arraigada en lo tradicional y en mantener su autenticidad (Delanty 19), a pesar de que sus habitantes vivían en esas condiciones precarias. De tal manera, el nuevo capataz reestructura la comunidad para que “subsista”, aunque en realidad su propósito era perpetuar su dominio, para hacer de la hacienda un lugar próspero y civilizado (36 y 39) con la creación de nuevas necesidades para los campesinos (salud y educación), la división de

trabajo y la imposición de “normas” reguladoras implícitas en la relación patrón-inquilino, las cuales crean paradojas. En primera instancia, las normas de Esteban perjudican a las mujeres, vistas como su propiedad (Swanson 220), cuando son marginadas y violadas por él, pues los campesinos (varones) no hacen nada para reprimir lo que para sus ojos es un delito –aunque el rencor hacia el patrón crece (41)-, pero no para los del victimario, ya que es él quien aplica la (in)justicia a mano propia a cambio de devolverles la seguridad que habían “perdido” con su ausencia. Pese a que este cambio para el fundo da la impresión de ser una transición de la época tradicional a una moderna (Delanty 5), esta es retrógrada porque la comunidad adopta, tal como hemos enfatizado, el esquema estructural y todavía tradicional del feudalismo: “the fantasy of the patriarchal natural order [where Esteban lives in]” (Swanson 232).

A la vez, este sistema crea una segunda paradoja: “love for the land and indifference and/or contempt for its people” (Chandra 111), cuando el mal carácter y la codicia de Trueba crecen, pese a que antes se mostraba preocupado por el bienestar de los miembros de la comunidad, pero nuevamente sus intenciones eran hacer de las Tres Marías un fundo modelo (43). Esteban se convierte en un capataz tirano que los sofoca con explotación, dando “less space for the autonomy of [the] group and individuals who mechanically reproduce the collective norms and values of society” (Delanty 26). Hasta este punto, esta hacienda no disiente de la del Barrio Barelás porque en ambas hay un personaje centralista que toma las decisiones clave, establece o define los parámetros de la colectividad “[r]ejecting collective, public values for private ones” (98) y su influencia está basada en parámetros de inequidad, naturalmente desprovistos de libertad y democracia; en este caso, Kirk es conocido como el “urban manager” y Trueba como el “gatekeeper” de su latifundio, “without necessarily always themselves being perceived as forming part of them [the communities]” (Day 130-1). Incluso, este último se comporta de manera similar a Kirk - quien no da espacio a la comunicación y a la negociación para resolver los conflictos que se dan- cuando Pedro Segundo y el sacerdote intentan sugerirle que mejore las condiciones de trabajo en la hacienda, eliminando la forma de pago mediante vales y tratándolos con respeto y dignidad (42). En este caso, Esteban adopta una actitud amenazadora hacia a todo aquel que difunda esas ideas transgresoras en su predio, postura que niega el cambio que viene desde afuera, que es resultado de la época de progreso por la que estaba pasando Chile: el verdadero modernismo que fractura la estabilidad de la sociedad oligarca a través de la difusión de las ideologías de justicia y equidad.

En contraste a la figura de Trueba, también en *La casa de los espíritus* hay personajes que se esfuerzan por contrarrestar la supremacía del más fuerte impuesta por este latifundista (179), que coloca a los campesinos en un estrato inferior al humano, como animales, tal como sucede en la novela de Anaya. Clara del Valle demuestra que su forma de ver el mundo y tratar a la gente es todo lo opuesto a lo que conlleva el ciclo de violencia feudal reproducida por su esposo Esteban. Este personaje desafía el sistema patriarcal, incluso el feudal, porque es una mujer independiente por la formación que llevó en casa, con la influencia de las ideas socialistas y feministas de su madre (44) que le sirven para llevar a cabo actividades altruistas en las Tres Marías (66); por lo tanto, esta mujer es admirada por la comunidad, pero sobre todo por Pedro Segundo, al ser “the human face of Trueba’s ambitions for his property and tenants, [a] kind of spirit of the country, which inspires patriotism in its people” (Chandra 121). No obstante, ese espíritu parece

desvanecerse cuando Clara se separa de Trueba y se sumerge en su mundo psíquico. Por lo tanto, Pedro Tercero se posiciona como agente social, quien está más expuesto a las ideas progresistas por sus contactos con los sindicalistas (84), para dar voz a los desposeídos y marginados “[d]el complejo sistema de dominio, subordinación y exclusión [de la hacienda] en el terreno social y sexual” (Godoy 4) por medio de la reivindicación de sus derechos como trabajadores. Aunque el verdadero reto de Pedro Tercero recae en sacar la comunidad del estado “natural” de dependencia e inferioridad que habían internalizado aún más con la presencia de Trueba (Swanson 223). Así pues, los personajes de ambas novelas se ven inmersos en un ambiente de conflicto en el que consideran necesario rescatar el espíritu de sus comunidades, la fuerza que los ayudará a liberarse de la opresión y la marginación, activando y dando continuidad a la memoria colectiva de sus antepasados.

### **La memoria colectiva: el mito y la fábula**

Este concepto fue acuñado por Halbwachs a mediados del siglo XX, quien la define como la memoria que permanece “viva” en las comunidades a través del tiempo -abarcando tradiciones y costumbres-, y que es “flexible” porque puede renovar o enriquecerse con los recuerdos individuales que mantienen unidas las diferentes generaciones: el vínculo entre el pasado y el presente (63-4). Además, este sociólogo recalca que la memoria colectiva provee a las comunidades una estabilidad y un equilibrio relativo en un mundo que cambia constantemente (126). El historiador Nora no disiente de esta definición, sino que la refuerza al afirmar que esta es una práctica continua e intemporal del legado colectivo (tradiciones y rituales) que fortalecen los lazos entre los miembros de las comunidades (8).

Las novelas de Anaya y Allende nos dan la impresión de que la memoria colectiva, en el caso específico de las comunidades que hemos analizado, está siendo disipada por los acontecimientos que tienen en común como la separación contundente entre el pasado y el presente, el cambio de lo tradicional por lo moderno, o la perpetuidad de un sistema feudal, hechos que impiden a los trabajadores obreros y campesinos encontrar un remedio a la sensación de enajenación y de discontinuidad que estos les produce, al menos lo es así para Clemente y para Pedro Tercero. Algunos de los pasajes que indican esta enajenación se dan, en el caso de *Heart of Aztlan*, cuando Adelita le plantea a su esposo dejarse llevar por los cambios que están viviendo en el contexto urbano, aceptando la realidad tal cual: “Let it change [.] We will make ourselves strong for the change that comes. If our roots and our *crianza* are deep enough, we have nothing to fear” (39-40). Este argumento no es del todo suficiente para Clemente porque es consciente de que necesita algo, además de la educación, que le devuelva la estabilidad a su familia y que le ayude a trascender los problemas laborales que afectan directamente al Barrio Barelitas, comunidad que está perdiendo cada vez más el alma que la mantiene unida. En cuanto a *La casa de los espíritus*, algo muy similar le ocurre a Pedro Tercero cuando su padre intenta detener sus ideas revolucionarias: “[s]iempre ha sido así, hijo. Usted no puede cambiar la ley de Dios” (99). Es evidente que Pedro Segundo no cree en la posibilidad del cambio porque está reducido al nivel de dependencia e inferioridad que han creado las clases dominantes (Swanson 221) y no puede dar cabida a una realidad diferente a la que ha vivido desde siempre.

A pesar de estos acontecimientos, los protagonistas de ambas novelas llevan a cabo la misión de “sanar” a sus comunidades (Anderson 73), en el sentido de unificar a sus miembros para superar la etapa de cambio que experimentan, por un lado, en el medio urbano y, por otro, en el contexto rural de Chile que se estaba acercando a la Reforma Agraria, con el propósito de movilizarse para combatir los inconvenientes de su realidad laboral y social. Esto no lo hacen solos, sino con la ayuda de figuras que los instigan a ser los intermediarios, los líderes de sus grupos para alcanzar dichos cometidos por medio de la conciencia colectiva o la “awareness [that] is the first step towards resistance” (Swanson 220) que se aviva en Clemente y Pedro Tercero con las historias que estos les cuentan. En primer lugar, es necesario destacar la figura de Crispín, el viejo patriarca de Barelas, quien lleva a todas partes la guitarra azul que heredó de sus ancestros, hombres sabios como él (27), para tocarla en momentos de crisis que “transport the members of his community out of the present and introduce them to the source of unity as it is modeled in their ancient myths and legends” (Anderson 74). Así, las historias de Crispín sirven para alentar a la comunidad a encontrar una enseñanza, una luz que los guíe a forjar un futuro en el que idealmente nada sea destruido (27). Sin embargo, esto resulta un intento en vano para dar continuidad a esos relatos en el presente, a la memoria colectiva de Halbwachs, pues lo único que producen es una nostalgia por el pasado -quizás por su efecto “estático” como si fueran parte de la memoria histórica que es el esfuerzo de conmemorar un pasado perdido, la recolección únicamente de hechos (en Crane 1377) -, en los habitantes de Barelas, sobre todo en las nuevas generaciones. De tal manera, el efecto que estos producen es reconfortante y solo son tomados como una forma de escape de la cruda realidad en la que viven (85), en vez de ser un reflejo de la reevaluación y la práctica constante del legado (tradiciones y rituales) del que habla el historiador Nora.

En una de las juntas de los trabajadores del almacén ferrocarrilero que organizan para discutir la posibilidad de ir a huelga, Crispín recurre al mito de Aztlán para relacionarlo con la situación que están pasando. Este cuenta que la formación de una nueva civilización prehispánica se formaría cuando los habitantes de Aztlán encontraran un águila devorando una serpiente venenosa, reptil que representa una amenaza para su gente. La interpretación que Crispín le da a esta historia se refiere a que dentro de la comunidad de Barelas se encuentra el águila que es el líder indicado que acabará con las serpientes modernas explotadoras de la industria ferrocarrilera, de cuyo corazón saldrá la fuerza que lo impulsará a lograrlo (83-5). Por lo tanto, la misión del grupo es encontrar a ese líder sabio. Al terminar la reunión, todos pasan de estar motivados a desencantarse del mito, a pesar de que este hombre implícitamente les menciona la importancia de mantener vivos los mitos para que sean usados en el presente. Con ello, una vez más se demuestra la discontinuidad de la memoria colectiva, aunque Clemente parece ser el único que comprendió ese mensaje, ya que el mito le siembra una semilla de esperanza que le permite conocer la identidad colectiva de su barrio porque es la primera vez que lo escucha y siente que puede trasladar su enseñanza para modificar el *status quo* de Barelas que fue impuesto por la clase dominante.

Por otro lado, en las Tres Marías destaca el personaje Pedro García, que como hemos dicho, es el hombre que mantiene vivas las tradiciones de su comunidad y quien siempre resuelve los inconvenientes que surgen mediante su cosmovisión un tanto prehispánica: tiene conocimientos de medicina herbolaria, aunque en algunas ocasiones

cometía errores trágicos (37), ayuda a eliminar la plaga de las hormigas (69), ejerce la quiropráctica siempre invocando sus letanías (98) y sobre todo, cuenta fábulas a los niños como lecciones de vida, como la de las gallinas que se organizan para poner fin a los ultrajes y a la prepotencia del zorro, cuyo fin es trágico (86). Cuando su nieto Pedro Tercero escucha esta fábula, comprende que es posible anular la supremacía del más fuerte que Blanca había aprendido de su padre, Esteban, y que refleja la realidad de su comunidad, en la que los campesinos son vistos como débiles y en la que Trueba se antepone como el astuto y el más fuerte. “[T]al vez, ese fue el instante en que el niño comenzó a hacerse hombre” (ibídem) porque la conciencia colectiva le ayuda a ver el mundo desde un ángulo diferente.

Una vez que la memoria colectiva es transferida de abuelo a nieto, y más con la muerte del primero, Pedro Tercero empieza a poner en práctica la enseñanza que le dejó ese cuento a través de la música de su guitarra, un paralelo con Crispín, cuyas canciones eran de corte comunista e incitaban a solidarizarse, a re-organizar la comunidad como las gallinas de la fábula para enfrentar a su patrón - porque “la unión hace la fuerza” (94) - y exigirle que los nuevos derechos para los trabajadores entraran en vigor. Este suceso llega a oídos de Trueba, quien le exige que deje de tocar ese tipo de canciones revolucionarias y mejor se dedique a las canciones de amor (94). Pedro Tercero no cede su pasión por la causa, lo cual provoca su destierro definitivo, aunque regresa disfrazado en distintas ocasiones para promover el voto por los socialistas en la contienda presidencial. La decisión de Trueba es una demostración más de su odio político hacia el cambio, quizás porque este siente miedo desde el fondo de su herrumbrosa conciencia, de que la fábula de las gallinas pueda sacarlo “of his false circle and into the world of ‘verdad’ ” (Swanson 233). Algo similar ocurre en *Heart of Aztlan*, ya que en esta novela se da la sensación de discontinuidad entre el pasado y el presente, pero en este caso por los campesinos de generaciones anteriores que se muestran más vacilantes que las nuevas generaciones, pues estas últimas están más expuestas a las ideas socialistas transmitidas por la radio. Según los primeros, “la experiencia les había enseñado que el zorro [de la fábula] siempre acaba por comerse a las gallinas, a pesar de las baladas subversivas que andaban de boca en boca cantando lo contrario” (116). De tal manera, tanto Clemente como Pedro Tercero tienen la ardua tarea de ofrecer continuidad a sus historias y evitar que sigan siendo consideradas como ecos del pasado. En otras palabras, a estos personajes les falta encender totalmente el espíritu de las tradiciones orales de sus ancestros.

Para encontrar la fuerza motora de sus comunidades y contrariar la idea de un pasado que no puede ser utilizado en el presente, Clemente emprende un viaje con Crispín a la casa de la mujer ocultista del barrio para consultar la piedra mágica que lo lleva a vivir el mito en carne propia, a descubrir que él es el verdadero corazón de Aztlán, el medio y, por qué no, el águila para liberar a sus hermanos de las cadenas de injusticia, miseria y pobreza (130-1). Anaya utiliza un recurso del realismo mágico para ilustrar esa vuelta al pasado “as a journey towards the center of one’s own existence and away from unreality”, conforme a Eliade (en Anderson 77). Este hecho se puede interpretar como la solución a la paradoja de la discontinuidad que hemos planteado anteriormente porque Clemente es el único testigo de lo contado en las historias de Crispín, las cuales dan la impresión de ser experiencias preservadas en la memoria histórica porque no hay nadie que practique sus enseñanzas para resolver los problemas actuales en su comunidad, que no se diferencian

de los que han vivido otras generaciones. Por lo tanto, el descubrimiento de la memoria colectiva en Clemente le permite obtener un entendimiento pleno de sí mismo y del mito para traer la armonía a Barelás, pero este camino no es fácil, ya que este protagonista se ve envuelto en una batalla interna, de confianza en sí mismo, para aceptarse como el verdadero líder.

Con lo que respecta a Pedro Tercero, este personaje no tiene una experiencia mística como la de Clemente para recobrar la memoria colectiva porque él la adquirió desde chico y la ha mantenido viva con sus acciones, pero no ha logrado unir a su comunidad con esta. Además, él testimonia que la fábula que le contó su abuelo, ahora convertida en una de sus canciones tocada en la radio, tiene un mayor impacto en la escena política de Chile, ya que los hechos demuestran la deconstrucción de la “ficción con que los grandes pretenden dominarnos cultivando en nosotros ese miedo que ellos llaman orden,” según Donoso (en Swanson 222). Esto significa, de manera metafórica, la emasculación de Trueba, el zorro que está siendo arrinconado en el gallinero con la llegada de un gobierno socialista que propicia la Reforma Agraria, la expropiación de latifundios; de ahí que la fábula de las gallinas y el zorro se hiciera realidad y tuviera más peso que los panfletos y los mensajes que distribuía clandestinamente. Por lo tanto, la comunidad de las Tres Marías hace suyo este cuento, activando la memoria colectiva que había sido ofuscada por el yugo que vivían con Trueba, logrando que la comunidad se solidarice para adueñarse y repartirse equitativamente la propiedad, de la misma cuenta, para crear una cooperativa que reemplace las formas mecánicas del pasado y que pueda contrarrestar el impacto del individualismo de Esteban (Delanty 25). A raíz de este hecho, la comunidad reivindica poco a poco su identidad, al grado de sacar provecho de la oportunidad de auto-dirigirse e iniciar una nueva etapa.

La lucha constante de Clemente y Pedro Tercero para darle continuidad a las historias de sus ancestros llega a su fin cuando estos logran establecer la conexión entre el tipo de memoria histórica con las experiencias que les conceden la memoria colectiva; en el caso de Clemente, se logra a través de un contacto místico con el corazón de Aztlán y, en el del otro personaje, mediante la práctica de la moraleja extraída de la fábula fuera de la escena rural, con los cambios políticos a nivel nacional. Este hecho se puede asemejar a lo que propone Crane: “[...] relocating the collective back in the individual who articulates it” (1375), es decir, aquel individuo que ha vivido a través de experiencias y que ha sido silenciado por la historia oficial porque no lo consideraba el *lieu de mémoire* (1383). Dicho esto, podemos afirmar que estos protagonistas son los mediadores y poseedores de la memoria colectiva, la cual es traída y reinterpretada en el presente para regenerar el orden social. Primeramente, Clemente llega a la realización de que los personajes Lalo, el padre Cayo y “El Super” no pueden ser los líderes de la huelga por su “penchant for isolation and materialism” (Anderson 77), por lo que recobra su confianza en sí mismo para detener el ciclo de violencia aplicado por el líder del sindicato. Así, el protagonista de la novela de Anaya invita, antes que nada, a reconciliarse los unos con los otros con la esencia de la comunidad, el alma de la raza que se ha manifestado esporádicamente en el nacimiento y la muerte de sus integrantes (99 y 118), “[t]hat bond unites us all, it is the holy sacrament of the new movement, it is a universal brotherhood” (147); en segundo lugar, él organiza una revolución pacífica que da continuidad al mito en el presente para forjar un futuro próspero del que Crispín había propuesto tácitamente: “We will burn away oppression and



injustice [,] but not with this fire. The real fire from heaven is not the fire of violence, it is the fire of love” (207).

En el caso de las Tres Marías, un hecho similar a lo que ocurre en *Heart of Aztlan* se da cuando los campesinos se movilizan para tomar a Trueba como preso, quien regresa a vengarse de los campesinos, ya que no pueden establecer comunicación con él de manera pacífica, pues todo lo que proviene de este personaje es puramente violento. Esta decisión demuestra que la comunidad se hace más fuerte con la actitud de nosotros contra el “enemigo”, como sucede en la fábula de las gallinas y el zorro que Pedro Tercero que tanto se empeña en que la hacienda vea que es posible llevar esta tradición oral a la realidad para derrocar la opresión y con ello, dotar a la comunidad de equilibrio y estabilidad, valores incluidos en la agenda política del gobierno socialista. No obstante, esta nueva comunidad falla principalmente porque no hay un líder que dé continuidad a lo que se había alcanzado hasta ahora, así como la continuación de las tradiciones y costumbres del pueblo que se dejan de mencionar ya avanzada la lectura de la novela. Pedro Tercero pudo haber sido el dirigente indicado para esta comunidad rural, pero su vida estaba en la ciudad capital como promotor de ese gobierno. Además, el secuestro de Trueba provoca, relativamente, una fisura más en el ambiente tenso que se estaba dando, que al poco rato trasciende en un golpe de Estado que elimina tajantemente los años de esfuerzo por mejorar las condiciones de vida, luchar por el cambio y la libertad, echando atrás el proyecto de la Reforma Agraria. Este hecho histórico provoca que la comunidad de las Tres Marías sea destruida por el individualismo de Trueba, quien regresa a recuperar sus tierras, con el mismo ahínco que tuvo en re-organizarla (Delanty 155). Suceso que demuestra que las comunidades a las que se les impone un sistema cerrado y un esquema de subordinación - por medio de sus líderes tiranos - tienden a corroerse e incluso, desaparecer con el tiempo. Es importante reconocer el esfuerzo de esta hacienda de afirmarse como comunidad solidaria, ya que intenta retar en distintas ocasiones la política radical de Esteban, este hecho se refleja en mayor escala con las disputas del gobierno socialista contra el Partido Conservador.

## Conclusión

A lo largo de este ensayo se ha destacado el papel de Clemente y Pedro Tercero como los agentes de cambio que dan continuidad a la memoria colectiva a través de las tradiciones orales de sus antepasados en el presente, entendidas como las enseñanzas extraídas del mito de Aztlán y la fábula de las gallinas y el zorro que buscan contrarrestar el impacto totalizador e individualista de una sociedad y de sus líderes opresores, demostrando, tal como argumenta Anderson que: “the past is not dead; it lives in our hearts, like myth [and stories] live in our hearts. We need those most human qualities of the world [stories] to help guide us on our road today” (74).

Estos personajes demuestran que son capaces de recapitular dichas tradiciones con ayuda de la conciencia histórica (memorias preservadas) que les transmiten Crispín y Pedro García, una labor bastante difícil para los primeros por los conflictos internos (personales) y externos (comunales, como las condiciones de trabajo) que experimentan durante la trama de las novelas. En el caso de Crispín, cuando se traslada a la génesis del mito de Aztlán, descubre que él es la persona que puede crear un puente entre el pasado y el presente, es decir, el individuo del que habla Crane, quien activa la conciencia colectiva al

evocar valores como el de la democracia, la solidaridad, la confianza, la equidad y el amor por el otro para ser utilizados con un doble propósito por los obreros (incluyendo los campesinos en *La casa de los espíritus*): para fortalecer los vínculos familiares y sociales dentro de la comunidad, al igual que para liberarse del ciclo de violencia que han sufrido en manos de la sociedad oligarca. La semejanza de este personaje es evidente con Pedro Tercero porque él también demuestra una pasión por la causa, aquella que busca establecer un diálogo con sus contrapartes para que sus demandas sean escuchadas sin llegar a usar la misma violencia de la cultura de subordinación de Trueba. Por último, se constató que la causa de ambos se concretizara porque permitieron que la comunidad llegara a ser un sistema abierto y autónomo, siempre y cuando se mantuviera y se renovara la memoria colectiva que los mantendría unidos.

## Referencias

- Allende, Isabel. *La casa de los espíritus*. Barcelona: Plaza & Janés, 1982. Web. 17 Abr. 2015.
- Anaya, Rudolfo A. *Heart of Aztlan*. New Mexico: University of New Mexico Press, 1976. Print.
- Anderson, Robert K. "Rudolfo Anaya: Guardian of the Communal Soul." *Explicación de Textos Literarios* 28.1 (1999): 73-81. Web. 17 Abr. 2015.
- Chandra, Giti. "An Invisible Country, a True Chile: the Body of Evidence in Isabel Allende's House of Spirits." *Narrating Violence, Constructing Collective Identities: to Witness These Wrongs Unspeakable*. New York: Palgrave Macmillan, (2009): 105-153. Print.
- Crane, Susan. "Writing the Individual Back into Collective Memory." *The American Historical Review* (1997): 1372-1385. Web. 17 Abr. 2015.
- Day, Graham. *Community and Everyday Life*. New York: Routledge, 2006. Print.
- Delanty, Gerard. *Community*. New York: Routledge, 2010. Print.
- Godoy, Carmen G. "La casa de los espíritus: familia, nación y clases." *Espéculo revista de estudios literarios* 38 (2008): 1-12. Web. 17 Abr. 2015.
- Halbwachs, Maurice. Trans. Francis J. Ditter and Vida Yazdi. *The Collective Memory*. New York: Harper & Row, 1950. Print.
- Khader, Jamil. "Transnationalizing Aztlán: Rudolfo Anaya's *Heart of Aztlán* and US Proletarian Literature." *MELUS* (2002): 83-106. Web. 17 Abr. 2015.
- Nora, Pierre. "Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire." *Representations* (1989): 7-24. Web. 17 Abr. 2015.
- Swanson, Philip. "Tyrants and Trash: Sex, Class and Culture in *La Casa de los Espíritus*." *Bulletin of Hispanic Studies* 71.2 (1994): 217-237. Web. 17 Abr. 2015.